

ILUSTRAN ESTE NÚMERO

Carlos Gutiérrez Angulo. Realizó estudios en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (1981) y en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda” (1982-1987). A la fecha ha montado más de treinta exposiciones individuales, realizadas en el país y en el exterior, entre las cuales se pueden mencionar: “Cenizas”, celebrada en el Antiguo Palacio del Arzobispado, Museo de la SHCP, en 2009; “Nómada”, exhibida en la Galería Metropolitana de la UAM en 2001; “Fuera de mi piel” y “Jalón de orejas”, organizadas en la Fundación de Arte del Mediterráneo, en Mojácar, Almería, España en 1998. Entre los reconocimientos que ha logrado se encuentran: Premio de Adquisición en la Bial Nacional de Pintura 1992 —convocado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la Compañía Nestlé—, y Premio de Adquisición de la XII Bial Rufino Tamayo 2004. Desde 2009 forma parte del Sistema Nacional de Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. En 1996 elaboró el proyecto para el mural exterior escalable de la Inter Gallery Art Center, en Seúl, Corea. En su obra desarrolla un lenguaje expresado con materiales de origen vegetal y animal que él mismo procesa, y su visión se aleja de las corrientes de moda para adentrarse en el rescate de imágenes míticas del México antiguo, en un sentido lúdico y provocador. En sus dibujos —reconoce la crítica de arte Raquel Tibol— transfigura corporalidades de las más variadas, para ofrecernos escenas en donde intervienen mujeres, hombres, aves, peces y seres mixtos (hombre-sapo, hombre-gallo, hombre-efante, hombre-león, etcétera), que reflejan un dominio artístico formal y de estilo, caracterizado por una natural inclinación hacia la investigación y experimentación con nuevos materiales y recursos discursivos.

José Antonio Platas. Realizó estudios de licenciatura en “La Esmeralda”, ENPEG-INBA, de maestría en Artes Visuales en la UNAM y de Museografía Aplicada en la Escuela de Restauración del INAH. Cuenta con quince exposiciones individuales y más de cuarenta colectivas, celebradas en el país y en el exterior. Ha sido seleccionado en diversos certámenes como la III Trienal Havirov 2002, República Checa; Qingdao International Print Biennial 2000, China; Salón de la Estampa, Museo Nacional de la Estampa, México; ilustración para Mensaje del Día Internacional de la Danza 1997, ITI-UNESCO. Invitado a participar con una estampa en la Caja del Tiempo 2008, colocada en la torre oriente de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México. Como ilustrador ha participado en las editoriales Praxis, México; Ánfora Nova, España; Ruptures, Canadá;

Nexos, México y el periódico *La Jornada*, México. Dentro de la actividad museística ha colaborado en la Coordinación Nacional de Artes Plásticas del INBA, el Centro Nacional de Conservación y Registro del Patrimonio Artístico Mueble del INBA, la Feria Internacional del Libro Infantil de la DGP-CNCA, el Museo Nacional de Culturas Populares, el Museo de América del Ministerio de Cultura de España, y como Director de la Galería de Historia del INAH. Entre 2008 y 2009 se desempeñó como jefe de Museografía del Museo Universitario del Chopo-UNAM.

Eric Medina. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM y artes plásticas en diversos talleres de la misma universidad y en el Taller de Artes Visuales Gilberto Aceves Navarro. En 1990 obtuvo mención honorífica en el Primer Concurso de Acuarela convocado por el ISSSTE y el Museo Nacional de la Acuarela. Durante 1996 impartió talleres de dibujo al desnudo en la UAM-Azcapotzalco. Ha expuesto individualmente en el Centro Cultural de la Facultad de Estudios Profesionales Acatlán-UNAM y en el claustro del exconvento del Centro Comunitario Culhuacán, ambas en 1991; en el Centro Cultural Hexen en 1997; en la estación División del Norte del Sistema de Transporte Colectivo “Metro”, en 1998, y en la Casa de la Primera Imprenta, de la UAM, en 2009. Entre sus exposiciones colectivas destacan: “Una interpretación moderna del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha”, en el Museo de la Estampa de la Ciudad de México y el Museo Iconográfico del Quijote de la ciudad de Guanajuato (1990); “Primer Concurso de Acuarela” (mención de honor, 1990); “Tercer Salón Anual de Miniestampa”, en el Museo de la Estampa de la Ciudad de México (1990); Exposición en la ciudad de Chicago, Illinois, EEUU (1990); “Desidertum Plástico”, en el Taller de Artes Visuales Gilberto Aceves Navarro de la Ciudad de México (1991); “El beso negro”, mismo lugar (1992); “Reencuentro”, en el Centro Cultural José Martí de la Ciudad de México (1993); “Amorosidades”, mismo lugar (1994); “El taller al desnudo”, en Radio Educación, en la Ciudad de México (1994); “En sus tres sentidos”, mismo centro (1995); “Cinco a la mesa”, en la Casa de Coahuila en el D.F. (1996); “La realidad enmascarada”, en Radio Educación (1997); “Diálogos en la acera”, Centro Cultural El Juglar, D.F. (1997); “Plástica contemporánea de la Ciudad de México”, en el marco del XIV Festival del Centro Histórico de la Ciudad de México (1998); “Belonging to Mother Earth: Indigenous Wisdom and Healing 1998”, en Virginia Beach, EEUU (2000); miembro del jurado del Primer Encuentro de Arte México-Brasil (2000).

Presentación

Como punto vital de observación de la humanidad se yergue el cuerpo, referencia necesaria y sustantiva de las culturas, clave indispensable de significación en toda sociedad, cónclave nodal de estructuración de los sujetos. “Nadie sabe lo que puede un cuerpo”, conocida frase de Spinoza (*cf.* Gilles Deleuze, *Spinoza. Philosophie pratique*, París, Minuit, 1981), comienza a ser retomada con todas las implicaciones que aún existen por descifrar. Es sabido que el cuerpo es una construcción en la que todo aquello que está presente en formas de vida resulta determinante: cultura, creencias, deseos, impulsos de una sociedad, todos los cuales propician un desarrollo de conceptualizaciones alrededor de lo corporal que también determinan su intimidad. Explorar al cuerpo para discernir qué es, de qué está hecho, cómo funciona, en medio de las distintas disciplinas y perspectivas que han dominado el pensamiento en la historia de Occidente, ha motivado modificaciones sustantivas en la forma de verlo, pensarlo, asumirlo y experimentarlo.

Pero cada vez pareciera que el cuerpo se escapa, pues en algún punto de las teorías sobre él formuladas hay una inflexión, un pliegue, una nueva clave que modifica —parcial o totalmente— lo que se piensa de él; la constatación de sus múltiples posibilidades provoca que las reflexiones en torno suyo constantemente se enfrenten, entre otras razones porque se han mantenido preñadas de consideraciones procedentes de las complejas doctrinas religiosas y de las formas ortodoxas de hacer ciencia. Ha sido la confirmación de que las visiones sobre el cuerpo varían tanto como las culturas mismas, lo que ha suscitado la necesidad de replantear los modos de pensarlo, pues mientras un filósofo del siglo XVII lo supone como una maquinaria extraordinaria que resguarda a la mente, otro colega suyo del siglo XX lo asume como la posibilidad de existencia; ahí donde la medicina institucional moderna encuentra un resfriado común, el médico tradicional observa mal de ojo; mientras unos dicen que el cuerpo es un micro-

cosmos exactamente análogo al macrocosmos, otros sostienen que es un dato biológico ajeno a los procesos de racionalización; cuando cierto médico observa un soplo en el corazón, el de allá dice que es un pulso agacelado que proviene del desequilibrio de los humores; en fin... Estas visiones, por supuesto, han resultado determinantes incluso para la experiencia más íntima.

Lo anterior hace evidente el hecho de que cuando se nombra al cuerpo, no se piensa en lo mismo ni con ingenuidad, y que no es posible establecer que exista sino como una construcción en la que resulta imperativo lo que de él se piense y se diga. Reflexionar sobre el cuerpo ha sido una constante a lo largo de la historia y de las culturas de la humanidad, y se sabe que las preguntas y las respuestas dadas sobre el tema dependen de la totalidad de visiones que cada sociedad construye sobre el mundo, apareciendo así como un medio sobre el cual se inscriben los modos de ser culturales, y como un instrumento mediante el cual el pensamiento creativo, interpretativo y normativo determina un significado cultural para sí mismo. Si bien durante siglos hablar del cuerpo en Occidente, sobre sus usos y representaciones ha sido una tarea depositada generalmente en manos de la medicina, la religión y la filosofía, en los últimos años pensar y dialogar en torno, a través, sobre y con el cuerpo ha ocupado muchas de las discusiones de las ciencias sociales, estableciendo diálogos que incluyen a la historia, la filosofía, la antropología, las artes, la sociología y el psicoanálisis, principalmente, construyendo al cuerpo como objeto de estudio, cobrando cada vez mayor relevancia, y afinando los argumentos, metodologías y marcos teóricos para su estudio. Todas las reflexiones que en torno a él se generan forman parte de los conocimientos históricos y culturales que a su vez construyen el complejo de saberes y experiencias que son la trama y la urdimbre de la vivencia del cuerpo, que es vivencia de sí, del sujeto en su totalidad.

De hecho, las discusiones sobre el cuerpo se hallan

cada vez más en el centro de muchas polémicas, debido a que es un punto nodal en temas de tanta relevancia y ampliamente estudiados como el género, la discriminación, la relación salud-enfermedad, los estudios sobre procesos cognitivos y su veta de inteligencia artificial, etcétera. La mayoría de los países de larga trayectoria en producción intelectual han asumido la tarea de investigar, desde la mayor variedad de disciplinas posible, al cuerpo, lo cual devendrá seguramente en revelaciones aún insospechadas. En este número especial del boletín *Antropología* se presentan diversas “reflexiones encarnadas” en las que el cuerpo es revisado, presentado y analizado desde disciplinas como la filosofía, literatura, política, antropología física, estética, semiótica, lingüística, que dan cuenta de las múltiples miradas, elaboraciones, capacidades y modos del ser corporal en la perspectiva de ir construyendo una antropología del cuerpo. Los temas de estudio hacen gala de la variabilidad de lugares desde los que puede ser visto y pensado, y lo determinante que resulta para el individuo y la sociedad; así, el cuerpo es observado en puntos nodales de su construcción histórica desde la filosofía; en lo que da y puede significar para la experiencia del sujeto; en lo que provoca dentro de arenas políticas, religiosas y científicas; en algunos puntos de sus variantes culturales; en su estructuración y lo que ésta es capaz de hacer; en algunas de las formas como se hace presente en procesos de abstracción conceptual; en su apariencia y lo que de ello interpreta el observador; en los modos como se hace valer en los actos de enunciación; en las formas en las que aparece en las expresiones del habla; en las maneras como se hace presente a través de sus denominaciones, tanto en la ubicación espacio-temporal como conceptual de los individuos; en algunos de sus procesos cognitivos, que siempre habrán de entenderse dentro de la compleja construcción de la gestualidad, cuya importancia y alcances todavía no se han analizado en su totalidad.

Sin duda el cuerpo es un universo complejo, pero quizá lo sean más las categorías que se elaboran para pensarlo, comprenderlo y por supuesto vivirlo, pues ya no es novedad decir que todo saber se incardina también en la experiencia. Por ende, las posibilidades para mirarlo y explicarlo son prácticamente infinitas, tal y

como lo muestra Raymundo Mier en su artículo “Cuerpo, afecciones, juego pasional y acción simbólica”, en el que evidencia la permanente constatación de que el cuerpo es a la vez “el cuerpo biológico, el cuerpo pulsional, el cuerpo sometido al proceso de individuación, el cuerpo como sustrato del proceso de subjetivación, el cuerpo como asiento de las capacidades cognitivas, el cuerpo como matriz de simbolización, el cuerpo como recurso y objeto de la memoria, el cuerpo como el punto de partida del régimen de identidad, el cuerpo como figura y espectáculo, como repertorio de efigies, como destino de disciplinas y saberes”. El recorrido de las reflexiones en torno al cuerpo no es sencillo, cada aseveración debe detenerse y replantearse ante la evidencia de que no se agotan sus posibilidades, que aquello que lo nombra tiene siempre un desliz, un vericuetto, un surgimiento de nuevos entramados en los que es necesario volver a articular lo que del cuerpo se sabe y se manifiesta. Un modo de ver la trayectoria de las líneas que han pensado al cuerpo anclada en el tiempo del cuerpo —“pausas, fatigas, decaimientos, efusiones, vacilaciones, arrebatos, impulsos”—; del cuerpo como vida, es presentada así por Mier, quien observa las características del cuerpo que han establecido cambios o francas rupturas en las formas de pensarlo, de modo que su materialidad impone ciertas adjetivaciones, pero sus potencias dan cabida a nuevas formulaciones, así como a su manera de ser —que es acción— obliga a verlo nuevamente y también desde su capacidad pulsional-pasional, al igual que su devenir en procesos simbólicos insertos en hábitos. Nuevamente, la constatación de todo lo que el cuerpo es y aquello de que “nadie sabe lo que puede un cuerpo” hace aparecer, en palabras del autor, la “genealogía del cuerpo [que] revela múltiples cronologías, múltiples edades, sedimentaciones de patrones fisonómicos, gestuales, la encarnación de afecciones y de apegos de duraciones dispersas, que emanan de instituciones y experiencias encontradas”, hasta ver que “en el marco del pensamiento contemporáneo se despliega una variedad de perspectivas a partir de un súbito acento sobre el carácter enigmático del cuerpo”.

Cuerpo: fuerza, acción, memoria, vitalidad, dinamismo, pulsiones, vinculación, simbolismo, referen-

cialidad, afecciones, deseos, identificaciones, institucionalidad, identidades, historia... todo esto, también es el cuerpo. Quizá ahora pueda decirse que el cuerpo es un conjunto de potencialidades que encuentran múltiples posibilidades de desarrollo de acuerdo con los distintos regímenes, siempre complejos, que cada cultura en todo tiempo y espacio mantiene dentro de sí en permanente vinculación con el cuerpo mismo y su experiencia. Experiencia que suele resultar paradójica, según lo hace ver Raúl Dorra en su artículo “Uno y el animal”, donde el vínculo del ser humano con su cuerpo es “casi siempre conflictivo”, como resultado de “una negociación compleja y enigmática [que] determina estilos de vida, formas de relacionarse con el mundo y formas, también, de autoconstituirse”, así como estilos artísticos. Es a través de la reflexión en torno a estos últimos, en particular la poesía de Sor Juana, Martín Fierro, César Vallejo, que Raúl Dorra explora algunos modos en los que el hombre da cuenta de sí, de su vínculo con su cuerpo, que suele tener como punto de partida la experiencia de una suerte de animalidad propia.

Esta recurrencia a la zoología de sí genera, en palabras del autor, una “ruptura de esa unidad primigenia [que] no sólo provoca su separación sino la diferencia que permite constituir las como dos partes separadas pero también reunidas en esa diferencia. Ambas partes y la diferencia que las constituye forman un sistema en el que cada factor tiene una función que le es propia y que, por serlo, reúne a, y se reúne con, las otras dos [...] Para que haya diferencia es necesario que existan dos entidades cuya existencia como tales dependa del efecto de la diferencia, y para que esas dos entidades puedan percibirse como diferentes es necesario que la diferencia se encargue de aportar esa percepción”. Dicha constatación de la diferencia que genera distintas formas en las que se da la experiencia de sí y lo que el sujeto puede experimentar —que en términos generales puede denominarse como material e inmaterial— da pauta al planteamiento de Dorra según el cual “el hombre dolorosamente sabe, siente que por lo menos en alguna medida es un animal pero no sabe cómo se constituye ese animal, dónde está ubicado con respecto a él, dónde empieza el uno y termina el otro, cuán-

to se conocen, mejor dicho cuánto el hombre conoce a esa criatura irreductible sobre la cual penosamente se sostiene”; intuición o afirmación que ha sido motivo de fuertes, desgarradoras, palabras de poetas, como Vallejo —dice el autor— que lo es de lo “intenso, lo continuo, y lo difuso porque está impregnada del sentimiento de que en el origen de la existencia humana hay esa presencia tenaz cuya identidad nunca se acaba de reconocer y que pone en juego, desplazándolas, la constitución intelectual y moral de la persona”. Constitución que, como se viene diciendo, está en la base de las distintas reflexiones del hombre con respecto a su cuerpo.

Dichas reflexiones, vinculadas con el desarrollo del hombre en sociedad y sus productos —en este caso la tecnología—, generan posicionamientos, algunos de los cuales son reveladores por los extremos en que se presentan. En el entrecruce de ciencia y religión —totalmente anclado en la idea del sujeto fragmentado en entidades como alma, espíritu o mente y cuerpo—, el transhumanismo se ha postulado como constructor de una política, un saber, una fuerza, que pugna por la disolución del cuerpo en aras de lo que se considera un mejor desarrollo del ser humano, según lo señala Rodrigo Díaz Cruz en su artículo “Al acecho de la perfección. Transhumanismo, el cuerpo oscuro y la vía religiosa de la tecnociencia”.

La tan anunciada modernidad se ha gestado en el entrecruce de las dos fuerzas relevantes de los saberes de Occidente: la ciencia y la religión, provocando con ello un desencadenamiento de tipos particulares de poder que, dada su propia trayectoria, acechan al cuerpo. Así nos recuerda Díaz Cruz el señalamiento de Foucault sobre el surgimiento de un bio-poder centrado en “la organización del poder sobre la vida mediante la disciplina de los cuerpos y la regulación de las poblaciones”. Sin embargo, aclara también, es necesario buscar aún más las condiciones de posibilidad de surgimiento de este bio-poder, que se encuentra más arraigado de lo que pareciera en una vía de tintes religiosos, pues “el avance de la tecnología estaba dedicado al fin trascendente de la salvación”, donde “el hombre al final podría hacerse a sí mismo dios en la tierra”. Ya los doctos habían anunciado que dios creó al

hombre para dominar al mundo, pero también para dominarse y superarse a sí mismo. “La idea del cuerpo como máquina, una materialidad oscura, habitante del mundo inferior en compañía de los animales irracionales, desprovisto de valores para convertirse en un universo de hechos, sometido a un trabajo de purificación que lo coloca al lado de los actores no humanos, desgajado de la razón, una razón que puede ser sin encarnación, permitieron en suma, como condición necesaria aunque no suficiente, la aparición de la era de un bio-poder.”

Después de suponer que lo dominable en el ser humano es en principio, su cuerpo —quizá por esa extraña experiencia de uno y el animal platicada por Raúl Dorra—, y tras un complejo entramado de postulados religiosos y científicos que se mueven “en un conjunto de relaciones de poder y arenas políticas básicamente asimétricas”, los transhumanistas “aspiran a superar las limitaciones biológicas de los seres humanos mediante el ejercicio y la práctica tecnocientíficas”, pues encuentran este dispositivo tecnológico “invaluable para la liberación humana de su cautiverio de la naturaleza, de la finitud, de las amenazas de la enfermedad, de la decadencia y muerte”.

A partir de estos postulados, señala Rodrigo Díaz, “el hombre que se modela a sí mismo, que se esculpe de la forma que desea según su voluntad y pensamiento”, pone en duda “esa categoría identitaria central para el pensamiento occidental que se ha denominado naturaleza humana”. El objetivo final es “modificar la condición humana [lo que] supone cambiar los hechos físicos que en parte la generan, curarla requiere alterar la parte ‘humana’ de la ecuación, es decir, al cuerpo. Entonces por un lado se establece la precariedad y vulnerabilidad del cuerpo [...] se apela a la remodelación de la naturaleza humana, a la disponibilidad del cuerpo a los saberes tecnocientíficos. Por otra, se destaca que la condición humana también supone que somos criaturas que podemos imaginarnos de un modo distinto al que somos [...] nuestras psiques y cuerpos [...] deben ser alterados en algo mejor [...] sin tener que esperar los tiempos más lentos y menos controlados de una evolución sin sujeto”. Con lo que queda la duda de por qué debe partirse del precepto de que el cuerpo

tiene limitaciones, si es precisamente éste el que ha posibilitado que la humanidad haya llegado hasta donde está. Y otra duda más, aterradora: ¿qué clase de humanos habrán de construirse sin el cuerpo como referente?

En efecto, ha sido el cuerpo el que ha brindado la posibilidad al hombre de construirse en el mundo, tal y como se ha conocido y se conoce. El cuerpo es la condición de existencia del hombre, que es ser encarnado. Una vez más, han sido los saberes de Occidente los que han determinado el precario lugar del cuerpo y han abierto la posibilidad para pensar en su exterminación; sin embargo, el replantear “lo que puede un cuerpo”, dignificar su lugar, conocer y reconocer sus múltiples aportaciones y lo indispensable que necesariamente es, serán la vía para nuevos caminos y postulados que dejen de sentenciarlo. Una vía consiste en observar las visiones y tratamientos del cuerpo en otros lugares y momentos de la historia, como en la Edad Media, en la que el cuerpo formaba parte de la integridad de la persona y por ello se prohibía alterar los cadáveres —disecionarlos por ejemplo— pues ello comprometía la salvación del alma del difunto. Concebido como microcosmos, fruto de la creación divina, condensación del universo, el cuerpo debía mantenerse inalterado y ajeno a cualquier tipo de intervención humana, so pena de cometer falta ante dios y el cosmos.

Concebido también como un microcosmos pero merecedor de tratamientos distintos, el cuerpo humano en las culturas prehispánicas se encontraba vinculado al resto del universo; extremidades y órganos corporales, entidades anímicas, fluidos, tenían correspondencia directa con regiones del universo y otras entidades similares del cosmos. Tras la muerte, era usual que huesos, ligamentos, órganos fueran utilizados para la fabricación de herramientas o adornos cuyo uso, seguramente, correspondería con el significado de la parte del cuerpo empleada. Un primer acercamiento a esta temática se aborda en el artículo de Jorge Arturo Talavera, “Los atributos del cuerpo humano en el México prehispánico”, en el que, desde metodologías propias de la antropología física, se señalan tratamientos llevados a cabo sobre los cuerpos al momento de la muerte y después de ella. A partir de este tipo de estudios se podría indagar por qué, más allá de sus cualida-

des materiales y determinantes técnicas, un fémur podía convertirse en cetro; por qué los restos humanos “lo mismo se utilizaban para sacrificios propiciatorios que para fines prácticos, como la manufactura de ornamentos y herramientas usados cotidianamente por los antiguos pobladores del territorio mexicano”. Dar respuestas a lo anterior seguramente brindará un mayor conocimiento tanto del cuerpo mismo como de las culturas prehispánicas.

Otra vía para reconocer la importancia del cuerpo es indagar en sus potencialidades, como lo propone Adriana Guzmán en su artículo “Cuerpo: engendramiento de lo estético”, donde postula que la “integridad del cuerpo, las estructuras corpóreas y la experiencia de estar en el mundo surgida de ellas” ofrece la posibilidad de engendramiento de lo estético. Si el cuerpo puede llevar al ser humano a tan sublime experiencia, qué no hará por él. Guzmán puntualiza que la experiencia estética puede ser tan amplia como cualquier producción humana, sea ésta del orden científico o artístico. Tras observar el papel del cuerpo y de sus potencialidades en los terrenos de la imaginación y la percepción, mediante una revisión de lo que en ciertos momentos clave del pensamiento occidental se ha escrito, señala la importancia del reconocimiento de las estructuras corpóreas a partir de la diversidad de sus posturas (erguida, sedente, etcétera), así como los mecanismos a través de los cuales dichas estructuras corporales generan esquemas de imágenes en proyección metafórica, que colaboran al arribo del significado, la comprensión y la razón, abriendo con ello la posibilidad del análisis de los modelos reducidos que tienen la capacidad de generar experiencia estética en la que el cuerpo resulta no sólo fundamental, sino la única vía a partir de la cual ello es posible. A partir de textos como el de Guzmán es dable observar las consecuencias de cómo lo que se piensa del cuerpo y sus capacidades contribuye en parte a determinar su propia historia y con ello la de la humanidad. Asimismo es factible constatar que gracias al cuerpo y a sus diversos mecanismos de representación se da la posibilidad de la experiencia más amplia, incluida la estética. De esta forma se construye el camino para abrir un expediente del cuerpo que sea de oportunidades, de relevancias, de

digna observación de sus potencialidades, lo que permite reconsiderar, revalorar y reubicar el lugar del cuerpo. Pues, una vez, más, “nadie sabe lo que puede un cuerpo”.

Más aún, profundizar en el conocimiento del cuerpo, ir más allá de su destacada materialidad, reconocer lo que se puede lograr a partir de las estructuras corpóreas, qué es lo que pueden llegar a generar, permite observar cómo incluso el pensamiento más abstracto tiene algún ancla en la corporeidad. Tras la constatación de lo anterior, bien puede postularse que todo proyecto diagramático puede surgir de un hacer corporal, lo que da pie a la comprensión del texto de Miguel Ariza, “Pensamiento diagramático y semiosis”, en el que, según sus palabras, “más allá de una proyección geométricoespacial como construcción de la razón pura, producto de la intuición apriorística del espacio y el tiempo, el carácter intencional de un entorno diagramático nos posibilita la intuitividad objetual de lo *a priori* que está ligada a los datos sensibles. Nos permite una noción de dimensionalidad espacial que está anclada y mediada por nuestra propia corporalidad. Visualización de relaciones internas que trascienden los entramados de carácter formalista. A través de la construcción del diagrama, que más allá de ser un simple instrumento de carácter heurístico es una auténtica manifestación de producción semántica: un diagrama que hace figura”.

Ese “hacer figura” surge de una presencia de lo corporal que se dignifica en un hacer estético: “el término figura proviene de una relación analógica entre el cuerpo y la palabra, [no] se trata de una analogía con el cuerpo humano en sentido general sino con un cuerpo modelado por la gimnasia o por la danza que, por decirlo así, quiere dejar de serlo para mostrarse como resultado de una disciplina artística. La ‘figura’ sería originalmente, entonces, la que hace el gimnasta o el bailarín cuando, frente a un público también educado por el arte, tensa su cuerpo y lo ofrece a la mirada convertido en espectáculo. Así el cuerpo *hace figura* en el momento en que trasciende su densidad somática y adquiere la propiedad de ser forma pura” (Raúl Dorra, *La retórica como arte de la mirada*, México, BUAP/Plaza y Valdés, 2002, p. 18). De esta manera, bajo una mira-

da con tintes fenomenológicos —disciplina que apuesta por la invariable presencia del cuerpo— Miguel Ariza busca vínculos viables entre el pensamiento diagramático y la semiótica, pues supone que “una aspiración en la semiótica moderna es la de poder conciliar una teoría de naturaleza eminentemente axiomática, como la prefigurada por Hjelmslev, con un proyecto semiótico de carácter fenomenológico somático; poder conciliar la noción ‘formal’ de análisis con una ‘operación no formal de la semiosis’. Hay buenos argumentos, provenientes de la filosofía de las matemáticas modernas y de la fenomenología, que nos permiten conjeturar la pertinencia de la articulación de ambos extremos, aparentemente polares, a través de sus contenidos intencionales. Es a través de una visualización ‘noémico-topológica’ de las magnitudes semióticas y su correlación diagramático constructiva, en conjunción con una dimensión plástico figurativa del quehacer humano, que podemos establecer una ‘hipótesis de trabajo’ con miras a satisfacer de manera aún precaria, varios de los dilemas que dicha problemática plantea”.

De ese modo toda semiótica surge de la corporalidad y también hace posible pensar las formas en las que el cuerpo aparece ante los demás, tal y como lo muestra Roberto Flores en su artículo: “Postura y porte. Ensayo de semiótica lexicográfica”, en el que “aborda una temática que constituye toda una encrucijada pues intenta tender puentes conceptuales entre disciplinas, como las ciencias del lenguaje —específicamente la semiótica lexicográfica— y la antropología, y entre distintos marcos teóricos, como sucede con el cognitivismo y la fenomenología”, inscribiéndose en una línea de trabajo emprendida ya por este autor acerca de la eficiencia y eficacia causal en distintos tipos de discurso, “en los que se ha abordado, entre otros aspectos, el papel de los estímulos sensibles en el comportamiento del experimentante”, como vínculo causal que otorga un papel preponderante al cuerpo, “como presencia visible o como ente dotado de sensibilidad”, en palabras del propio autor. Al considerar la referencia a ciertas posturas corporales —específicamente el porte—, Flores muestra al cuerpo y a partir de él los posibles modos de ser de la persona, que se hacen presentes para el que observa y enuncia lo que ve, pues “la imagen

corporal determina la actitud y las respuestas de quien la observa”. La presencia del cuerpo, lo más inmediato, lo que pareciera ser más fácil de identificar y nombrar, tiene también sus vericuetos. Constatación inaudita de las variadas formas de ser del cuerpo y de la multiplicidad de maneras que se construyen para hablar de él, y con él de la persona, situación que tiene que ver con los intrincados modelos culturales, las evanescentes maneras en que se cuele por todos los criterios que hacen nombrar al mundo y a los sujetos. Señala Flores: “Hablar del porte nos remite al cuerpo, más precisamente nos remite a la postura y a la imagen corporal y, a partir de ellas, a las inferencias que hacemos acerca de la consistencia anímica y moral de la persona.”

A partir de lo que implica el porte, según quien lo observa y lo refiera en español, francés e inglés, se descubren las implicaciones “de la sociabilidad habitual, intencional y controlada” que crean esquemas imaginísticos —término que también se ha traducido como esquemas de imágenes—, que son fundamentos constitutivos del sentido básico del porte. Tales esquemas determinan así comportamientos de las personas que los miran, y suponen que quien tiene el porte deberá ser y actuar de determinadas maneras. A medio camino entre la expresión —propia de quien tiene porte— y la interpretación —propia de quien mira a la persona que se supone con porte— aparecen, en el análisis de Flores, la disposición que involucra cuestiones de moral, ánimo o carácter; el modo que diferencia movimiento, acto o gesto; la realización voluntaria, involuntaria, artificial, natural, motivada o inmotivada; la apariencia que involucra a la postura o posición, siempre vertical, la figura o situación y el vestido; todo lo cual genera un juicio que, de acuerdo a culturas, es positivo o negativo. Referencias que señalan la complejidad de un postura que, en primera instancia, todos reconocen pero nadie puede decir qué es y mucho menos —tal y como se muestra— todo lo que implica. Trabajar sobre posturas corporales, sobre todo aquellas complejas como el porte es, dice el autor, “una tarea central debido a que el cuerpo es tanto el instrumento, como la medida y el medio esenciales para entrar en relación con el mundo. Es un *instrumento* debido a que, desde una perspectiva cognoscitiva, esa

relación no es simplemente de referencia —no nos limitamos a conocer verazmente el mundo como espíritus puros— sino que ese mundo —conocido, percibido, sentido— lo construimos en nuestra mente y con ella. Es una *medida* porque, en virtud de la proporcionalidad, el mundo está hecho a nuestra semejanza: nuestro cuerpo es el *analogon* del mundo; es en virtud del cuerpo que asignamos proporciones a todas las cosas”.

Estimulante aseveración, sobre todo al constatar su contundencia cuando se ve aparecer al cuerpo como agente del discurso, tal como lo muestra María Isabel Filinich en su artículo “El cuerpo en el proceso de enunciación”, en el que se ve aparecer la dimensión sensible que, junto con la dimensión inteligible y la social, están invariablemente presentes en todo acto de enunciación. Tras un detallado análisis de un fragmento de un texto de Alejo Carpentier, la autora observa una “toma de distancia de la instancia de la enunciación con respecto a lo enunciado [lo que] nos habla ya de una toma de posición que es el movimiento indicativo de la instalación de un *campo de presencia*. Asumir que la presencia es el modo de existencia del mundo para el hombre, es adoptar una perspectiva fenomenológica y entender así, junto con Merleau-Ponty, que el campo de presencia es el dominio espacio-temporal en que se ejerce la actividad perceptiva, primer umbral de la significación”. Ello le permite establecer que dentro del texto revisado aparece “un doble lugar del cuerpo en el proceso de enunciación: por una parte, como una instancia más que en diversos momentos del discurso puede ser centro de referencia predominante, y por otra, como el fundamento sensible de toda organización discursiva, pues, en última instancia, la experiencia sensible constituye el umbral primero de la significación”.

También, en la manera en la que aparecen las denominaciones del cuerpo en diversos contextos y campos semánticos, se muestra que “el cuerpo es la medida de todas las cosas”, tal y como se observa en la colaboración de Héctor Manuel Enríquez, que demuestra, tras un detallado análisis, las diversas maneras en las que el cuerpo, a través de las formas de nombrarlo, se hace presente para la ubicación cronotópica y conceptual

del individuo en el mundo, ya sea proyectándose para nombrar partes de plantas y animales e, incluso, de objetos inanimados, o bien por semejanza de forma, función o de localización. En palabras del autor, “los términos para designar las partes del cuerpo en totonaco están formados por la combinación de una o varias raíces que hacen referencia directa a una parte del cuerpo. Estas raíces además de denotar las partes del cuerpo, sirven para denotar una serie de otras realidades que pueden o no estar directamente relacionadas con las partes del cuerpo como son las partes de diferentes objetos, distintos locativos y diversas relaciones espaciales. Además, las raíces relativas a las partes del cuerpo entran como prefijos a formar un sinnúmero de sustantivos verbos y adjetivos”.

Partes del cuerpo y acciones como las que muestra el trabajo de María del Refugio Pérez Paredes, “¿Quiere usted echarme una manita? La construcción de transferencia con el sustantivo mano”, en el que se analizan las estructuras semántico-sintácticas construidas mediante el sustantivo mano. Tras su lectura se evidencia que la estructura de la mano —así como está planteada en el texto de Adriana Guzmán, “que es puño y golpea, que es palma y continente, que es pinza y sostiene”—, se revela en las construcciones sintácticas de frases relacionadas con “echar la mano”, pues como dice Refugio Pérez, “la parte del cuerpo trae sus marcos semánticos a la construcción [de transferencia], así que las características de la construcción y de los elementos léxicos establecen un diálogo para crear un nuevo significado”, en el que, una vez más, el sentido está dado por y gracias al cuerpo humano. Modos de hablar, frases que evocan partes del cuerpo y acciones, con lo que se constata, una vez más, la contundencia y profundidad de las técnicas corporales —aquellas de las que hablaba, hace tiempo ya, Marcel Mauss— que, como se ha visto, también determinan las formas del pensar y el pensamiento mismo. Pues el cuerpo, se afirma una vez más, no es un agregado insulso, sino la posibilidad de existencia del ser humano, fundamento, incluso de procesos cognitivos, de construcción de la comprensión, el significado y la razón. El cuerpo es, se ha dicho ya, potencialidades; un flujo continuo de capacidades puestas en juego por complejos entra-

mados culturales; potencialidades de entre las que cabe destacar la gestualidad, poco vista aun en su profundidad y magnitud.

Modo profundo de conocimiento —tanto para conocer como para ser conocido—, la gestualidad, intrínseca del cuerpo mas no sólo en su superficie, sino propia de su más compleja construcción, está en la base de todo desenvolvimiento corporal e, incluso, como lo muestra Boris Fridman en su artículo “De la naturaleza gestual de la oralidad: fonética cognoscitiva”, es motor de procesos cognitivos que se ponen en marcha en los actos de habla; no sólo porque se gesticula al pronunciar palabras, sino porque todo el mecanismo que hace posible la emisión de sonidos articula complejas estructuras cognoscitivas. Uno de los puntos de partida, señala Fridman, es que “todo en fonética y fonología son gestos (y enfatiza) que todo gesto lingüístico se constituye como evento cognoscitivo” por lo que propone que “las unidades mínimas del habla no [son] ni fonos, ni fonemas, sino gestos y complejos gestuales, cuyo comportamiento [debe] ser modelado con representaciones apropiadas a su naturaleza motriz y despliegue temporal”. A partir de ello el autor presenta un modelo diseñado por él mismo, para la descripción y análisis del habla que de la posibilidad de “instrumentar una representación cognoscitiva y esquemática de los procesos de sincronización intergestual en el habla”. Con ello demuestra la vital importancia de considerar “lo que el cuerpo hace cuando habla, y como los que hablan construyen los esquemas cognoscitivos de su propia acción lingüística”.

Sin duda, habrá mucho que aprender todavía de la gestualidad, aunque la valía de su contundencia, como se ha visto, ya no es ajena. Así lo demuestra también uno de los grandes pensadores que actualmente es guía de investigaciones sobre el tópico gestual: Jean-Claude Schmitt, autor de gran envergadura del cual Isabel Guasch presenta una breve reseña referida a su labor académica que contempla su producción y se concentra en uno de sus textos más relevantes: *La raison des gestes dans l'Occident médiéval*.

Los estudios sobre gestualidad abren posibilidades infinitas para el conocimiento, por supuesto del cuerpo, pero también de la humanidad misma. En palabras

de Isabel Guasch: “El gesto ha sido actuado y definido a lo largo de la historia de múltiples maneras. La gestualidad ha sido desde siempre acción, símbolo y objeto de reflexión humana. Hoy en día, encuentra lugar y razón en el seno de las ciencias sociales, siendo éstas las encargadas de observar y explicar al hombre de pies a cabeza y dentro del mundo. Comprender al ser humano implica descifrar lo que significa [con] su cuerpo. La cuestión de la gestualidad se encuentra en el corazón de todos los grandes debates filosóficos y culturales de la época moderna: sobre las relaciones de la naturaleza y de las instituciones humanas, entre el hombre y el animal, entre la razón y las pulsiones, sobre los orígenes del lenguaje y la escritura, sobre el desarrollo y la clasificación de las artes de la humanidad. En la actualidad los estudios de gestualidad se realizan a modo de aproximar la realidad antropológica del ser humano. Anclada dentro del paradigma epistemológico contemporáneo, la antropología del gesto observa su objeto sin necesidad de disecar al cuerpo: cuerpo, símbolo, naturaleza, cultura se toman como unidad para entender al gesto”.

Conocer al cuerpo, aprehender, a través de su devenir la historia misma de la humanidad; reconocer, en lo que el hombre ha dicho de su cuerpo, lo que ha pensado de sí mismo, sus aspiraciones, sus enajenaciones, sus deseos; descubrir, a través de su gestualidad, tanto la manera en la que se ha diseñado a lo largo del tiempo y del espacio, como todo aquello que es capaz de lograr. El cuerpo es finitud, mas sus posibilidades son infinitas; el cuerpo es una estructura estructurante, mas su condición es la de ser absolutamente maleable; el cuerpo es posibilidad de cualquier otra posibilidad. Las reflexiones en torno al cuerpo y las acciones del ser sobre sí mismo, sobre su encarnada existencia, hablarán de lo que ha sido el hombre, pero también determinarán la experiencia futura del ser humano.

Adriana Guzmán
Editora invitada